

An underwater photograph of a boat's hull and a paddle, viewed from below. A bright sunburst is visible through the water's surface, creating a shimmering effect. The water is dark blue and green, with light rays filtering through.

TURA SOLER

A
ORILLAS
DEL
PANTANO

Los crímenes de Susqueda

 PENÍNSULA

A orillas del pantano

Los crímenes de Susqueda

Tura Soler

Traducción de Ana Camallonga

Título original: *La maledicció del pantà*

© Maria del Tura Soler Pagés, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2021

© de la traducción del catalán, Ana Camallonga Claveria, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B.16.495-2021

ISBN: 978-84-1100-030-7



Índice

La maldición	11
Preludio	15
Desaparición	57
Doble crimen e investigación	111
Detención y cárcel	179
Las sombras	295
Epílogo	375

La maldición

MALEFICIO

Eufrasina

Junio de 1619

El cielo encendido del crepúsculo anuncia lluvia o viento. Eufrasina avanza un poco encorvada, pero con paso ligero, cuesta arriba, hacia la casa. Lleva un manojo amarillo de hierba de San Juan para elaborar remedios, aceites y pociones de los que curan todos los males. Ya antes de llegar al final de la subida que lleva a la fuente, ve a cuatro hombres grandes junto a la puerta de la masía de Puig de Rajols.

«¡¡¡Rediós!!! ¿Quiénes serán esos grandullones? ¡Ay, que no sean esos bandoleros de la banda de Serrallonga! Pero ¿qué querrían de mí? En casa no hay dinero.»

—¡Eufrasina Puig de Rajols! ¡En nombre de la Santa Inquisición quedas arrestada por los representantes de la autoridad de la alcaldía!

La agarran por los brazos, sin que le dé tiempo a darse la vuelta, le arrancan el manojo de hierbas y la arrastran camino abajo hacia la alcaldía del pueblo de Susqueda, a la orilla del río Ter, para ser sometida a los tormentos de un proceso por brujería.

—¿Por qué os lleváis a esta pobre viuda? —pregunta la mujer.

—¡¡¡Bien lo sabes, mala pécora, bruja, discípula del demonio!!! —le replican.

Y le leen el mismo pliego de acusaciones que le han leído también a Pere Torrent, alias Cufí, brujo y lobero del pueblecito de Les Encies, el cual, sometido al tormento de mancuenda, ha confesado una retahíla de maldades que los inquisidores ya traían preparadas. Y ha dado, entre otros, el nombre de Eufrasina Puig de Rajols.

A la mujer se la acusa de las granizadas en Sant Iscle, en Malvolenya, en Fontpobra, en Campderric, en la sierra de Finestres, en Sant Aniol, en Morral d'en Taiedes, en la parroquia de la Cot, en la parroquia de Sant Martí de Cantallops, en la parroquia de Carós, en la de Susqueda, en la de Osor, en la de Anglès, en la de Amer, en la de la Barroca... Todas las tormentas de granizo que se sabe que han caído en los alrededores y las que se han podido inventar.

Y le preguntan si las hierbas que le han arrancado de las manos son para hacer ungüentos y pociones que endemonien a niños o provoquen bocios.

Y sobre todo tienen que conseguir que diga, sí o sí, que estuvo entre los que se reunieron por Santa Magdalena, hace un par de años, en Casserres. Adonde también invitaron al brujo Cufí para hacer música dirigida por «el demonio, que no quería sardanas, sino música arrebatada» para que pudieran bailar brujas y brujos y demonios, y acabar copulando entre ellos. Los inquisidores le dan una vuelta de mancuenda más a la infortunada Eufrasina mientras le recitan la lista de los asistentes al aquellarre: además de Cufí, que tocaba el caramillo, estaba el llamado Monje Viejo del monasterio de Casserres, que hacía sonar el tamboril; Marianna Trias, de Susqueda; Sagimona Quer; Al-

dona; Corbera; Anna Rovira, a la que llaman la Limosa; Vilara; la Mujer Vieja de la Barroca; Margarida Oliveras, llamada la Reina de Granollers de Rocacorba, y muchas brujas y brujos más como ella, Eufrasina Puig de Rajols. ¡Está claro! Los cazadores de brujas ya van bien documentados. Solo tienen que conseguir un sí de la torturada y ya tienen firmada la larga confesión que traen escrita.

La condena para Eufrasina, la mujer que recolecta hierbas para elaborar remedios para los golpes, los pellizcos y las quemaduras, es, como no podía ser de otra manera, la pena de muerte.

El texto de la sentencia en latín recogido en los pergaminos de la historia dice así: «*Suspendetur laqueo per collum in alta forca, ita quod eius anima separetur a corpore*». Es decir, colgada en una horca muy alta para que se la vea de lejos y sirva de escarmiento general.

Antes de que la soga le apriete el cuello y le siegue la vida, la condenada lanza una maldición a sus verdugos y a la tierra que ya no pisará nunca más.

—¡Mal rayo os mate, y que el agua os inunde campos y cultivos, y el miedo os persiga siempre y no os deje vivir!
¡Malnacidos!

Preludio

EL MILAGRO DEL CUERPO INCORRUPTO

Ángel
1966

Subido al tejado, va arrancando las tejas y las va apilando para bajarlas y cargarlas en el remolque del pequeño camión que tienen preparado. No se pueden desaprovechar las tejas y tampoco las viguetas buenas, las de roble. Menuendo desperdicio sería que quedaran bajo el agua.

Ángel, a sus dieciséis años, joven y ágil, trabaja sin la pena que arrastran algunos de los hombres que trajinan tejas y herramientas hacia los remolques. Él no es del pueblo de Susqueda ni ha tenido que dejar la casa en la que nació y vivió, como sí les pasa a otros. Muchos de los que están allí tienen que abandonar su casa y sus campos para que unos hombres venidos de fuera acaben las obras de la presa. La pared cortará el curso del río Ter a un centenar de kilómetros de su desembocadura en el Mediterráneo para hacer un gran embalse que, según dicen, será muy beneficioso para todos. Aunque eso se verá con el tiempo. De momento, la obra ya se ha cobrado la vida de treinta y tres obreros, cuyos nombres estarán un día grabados eternamente en un monolito.

La localidad de Susqueda, enclavada bajo los riscos prepirrenaicos de Collsacabra, El Far y Rupit, junto al río Ter, con tierras fértiles y bosques productivos, ya popular entre los excursionistas barceloneses, va convirtiéndose en un pueblo fantasma. Todos lo han abandonado. Solo una mujer, la Gallussa, sigue resistiéndose, como si esperara un milagro. Pero el milagro no se producirá. Y ella también tendrá que marcharse, porque pronto todos los edificios, y su casa también, quedarán bajo el agua... Todo quedará inundado. Ya no hay campanas que toquen las horas, ni que toquen a muerto o a misa. Las campanas, se dice, las han vendido, y los voluntarios han ido a llevar los papeles de la parroquia y los santos de la iglesia al Hostal de la Codina, que se salva de las aguas porque queda por debajo de donde está la pared de la presa. De hecho, han transportado hasta allí la imagen de san Isidro con un brazo asomando por la ventana de un coche, porque no cabía entero dentro. Ha sido digno de verse.

De repente, se oyen exclamaciones de todo tipo en medio de un guirigay ensordecedor.

—¡¡¡Hostia!!!

—¡Mal rayo me parta!

—¡No me lo puedo creer! ¡No puede ser!

—¡Que no la vea el chico!

—¡Esto es como un milagro! ¡O algo del demonio!

—¡Parece cosa de brujería!

El joven Àngel deja las tejas y se acerca al cementerio, que es de donde viene el griterío. Allí, un grupo de personas se ocupa de rescatar de las aguas, que ya empiezan a entrar en el valle, a los difuntos del cementerio de Susqueda y de trasladarlos a Amer. Desde allí irán llevándolos a su nueva sepultura, que estará donde lo decidan sus familiares vivos.

Las exclamaciones, que están entre la sorpresa, el espanto y la fascinación, las ha provocado la visión de una difunta

que parece que ha conjurado a la muerte y se ha librado de la corrupción del cuerpo. Lo que tienen delante no es un esqueleto ni un cadáver putrefacto: es el cuerpo de una mujer joven y bonita, a la que, aunque cueste creerlo, hace veinte años que enterraron. Todos los que la conocían la identifican: es Eulàlia, la muchacha que, un día de fiesta, a la salida del baile, cayó muerta de repente mientras estaba junto a su novio, el chico que no quieren que vea el cadáver.

El cuerpo de Eulàlia se ha conservado intacto, por un proceso de momificación que a algunos les parece un milagro. La escena no se les olvidará por más años que pasen.

Àngel piensa que ha sido testigo de un hecho excepcional. Una historia que podrá explicar que ha visto con sus propios ojos. No como esas que la gente cuenta pero que no sabes qué parte hay de verdad y cuál de leyenda.

Desde pequeño ha oído decir que, hace mucho tiempo, en Lloret Salvatge —que también forma parte del municipio de Susqueda—, coincidió que se celebraba un baile en la plaza Mayor cuando tenía que pasar la procesión que llevaba un ataúd con un difunto de camino al cementerio. El cura pidió a los músicos y a los bailarines que interrumpieran el baile mientras pasaba el féretro. Pero ellos no le hicieron caso y siguieron con la fiesta, la música y la danza. De repente, se abrió un socavón en el suelo y se tragó a los músicos y a los bailarines, que quedaron condenados a bailar y a tocar durante toda la eternidad. Dice la leyenda que, si vas a Lloret Salvatge y pegas la oreja al suelo, puedes escuchar el rumor de la macabra fiesta.

La caída de los músicos y los bailarines insurrectos en la garganta del averno es una leyenda.

La belleza del cuerpo incorrupto de la muchacha incluso después de muerta es real; inexplicable, pero real. Àngel no lo olvidará nunca, por más años que viva.

FLORES, ORACIONES Y MUERTOS

Montse, Carmen y Pitu
Primavera de 1987

—Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, el pan nuestro de cada día dánosle hoy...

—¡Pitu! ¿Por qué tenemos que rezar? Ya lo hacemos en catequesis... —se queja Montse.

La chica, que está junto a su hermana mayor, Carmen, quiere irse ya. Empieza a oscurecer junto a la orilla del pantano y las sombras del crepúsculo no le hacen ninguna gracia. Ir al mercado a Vic en el R-8 y que Pitu les compre ropa y otras cosillas no es lo mismo que ir al pantano, que da un poco de miedo.

—¡Va, chicas, acabemos el padrenuestro y dejemos aquí el ramo de flores bajo estos bojes!

Pitu, Josep Talleda, el tornero de Sant Hilari Sacalm que ha llevado a las dos niñas con su furgoneta Citroën hasta la orilla del pantano, no tiene prisa. No es la primera vez que van hasta allí. Las niñas, las hermanas Ávila, que algunas tardes van al taller de Talleda a ayudarlo, se lo toman con paciencia porque Pitu les da algún dinerito de vez en cuando. Pero también saben, o intuyen, que algo de lo que les hace en el taller no está bien.

¿Quizá por eso tienen que rezar y pedir perdón?

¿Y por qué dejan flores en el sitio al que van a rezar? Eso, lo de rezar y dejar flores, los mayores suelen hacerlo en el cementerio, donde están las personas enterradas.

¿Es que hay alguien enterrado en la orilla del pantano?

Las dos hermanas suben deprisa el sendero en dirección

a la furgoneta Citroën con matrícula GE 3483 U de Pitu, aparcada junto al camino. Se meten dentro, las dos en el asiento de delante, porque detrás está lleno de herramientas y troncos de boj.

—¡Esperadme! —les grita el hombre, medio en tono de amenaza, medio pidiendo compasión.

Talleda, al que en el pueblo precisamente llaman «l'Espereu-me» (el Esperadme), sin que nadie sepa muy bien el origen del mote, se pone al volante de la furgoneta y emprende la marcha hacia Sant Hilari. Cada vez que toman una curva, el vehículo, con problemas de suspensión, se ladea, y Montse, que va en medio, se inclina hacia el regazo del conductor. Por el camino sueña con que algún día irá por esa carretera con su moto. Pronto cumplirá catorce años y podrá conseguir el permiso para una *mobylette* o una Vespino. Le preguntará a Pitu si la ayudará... Aunque solo sea de segunda mano...

Cuando llegan al pueblo está casi oscuro del todo. Pero en casa no las reñirán. Sus padres saben que están con el vecino, con Talleda, que siempre es muy amable. Las niñas van contentas a echarle una mano en el taller. Hay confianza.

Todo eso cambia el 12 de julio de 1987. En torno a las seis y media de la mañana aparece el cadáver de Montse junto al camino que va a la Petja del Diable, a la salida del pueblo. Las ilusiones de una chica de catorce años quedan truncadas. Pitu le había dicho que ya tenía encargada la moto en un taller del mismo pueblo.

Las miradas de recelo se vuelven hacia Josep Talleda. Él dice que no sabe nada de Montse, que la tarde anterior no fue a ayudarlo al taller.

Un empleado del Ayuntamiento recibe una llamada anónima de un hombre que asegura que a Montse, que pre-

sentaba un golpe en la cabeza, la mató un camionero. Alguien se da cuenta de que, a la hora en la que se hizo la llamada, Pitu Talleda, que estaba en el bar, salió un momento y entró en la cabina. La persona que contestó a la llamada dice que no puede asegurarlo ni testificarlo delante de un juez, pero que a él le parece que la voz era la de Talleda.

Tras el asesinato de su hermana, y con la investigación sobre Talleda en marcha, Carmen Ávila no puede ocultarlo más y acaba explicando los secretos de la tornería y los peculiares trabajos que les encargaba Pitu, y que consistían en engrasar y secar destornilladores. La muchacha refiere que, una vez engrasados, Talleda les pedía que los secaran de una forma estrambótica. Él se colocaba detrás de una sábana que tenía en el marco de una puerta y se ponía los destornilladores entre las piernas, y ellas tenían que secarlos. Solo le veían la cabeza, que sobresalía por encima de la sábana.

—No era un destornillador, estaba blando —le dijo la chica al juez.

Así se descubre que el tornero hacía que las niñas lo masturbaran. ¡He ahí algo por lo que pedir perdón rezando! Y la declaración de Carmen también pone al descubierto las visitas, hasta entonces secretas, de las hermanas y de Talleda a la orilla del pantano de Susqueda. Y la pregunta que se hacen los guardias civiles del pueblo solo puede ser una: ¿iba a ponerle flores a la tumba de Francesca Boix?

Francesca, o Llúcia, como la llamaban en el pueblo, una mujer que —menuda casualidad— también trabajaba en el taller de Talleda, desapareció de un día para otro sin dejar rastro. La imagen de Llúcia yendo a comprar con el capazo es la última que se guarda en la memoria del pue-

blo. Era 1978 y el marido de Llúcia un día recibió una carta con la que alguien intentaba hacerle creer que su mujer se había ido con un camionero y que no quería que la buscaran. De nuevo un camionero desconocido que se lleva a una mujer relacionada con Talleda: curiosas y sospechosas coincidencias.

Nunca se sabrá adónde ha ido a parar Llúcia, pero la sospecha de que fue víctima de Talleda y de que acabó enterrada en Susqueda planeará por toda la eternidad por los pueblos de los alrededores del pantano.

De las tres personas que, en la primavera de 1987, ponían flores en la tumba invisible de la mujer desaparecida, Talleda, el más mayor, fue quien vivió más años. Una enfermedad se llevó prematuramente a Carmen Ávila, la testigo que podía señalar el lugar exacto en el que Talleda rezaba y ponía flores. Al tornero lo condenaron a veinte años, catorce por la muerte de Montse Ávila y seis más por los abusos sexuales a ella y a su hermana. La aplicación del Código Penal antiguo, que preveía importantes redenciones de la pena por buena conducta y por el trabajo realizado entre rejas, propició que Talleda saliese de la cárcel en tercer grado en 1998, y que en 2000 acabase de cumplir su condena.

En abril de 2003 apareció en el río, en Girona, el cadáver de Vjollca Papa, una prostituta albanesa que trabajaba en las mismas carreteras del Vallès por las que, coincidencias de la vida, circulaba Talleda a diario para dirigirse a su trabajo en una harinera. Pronto se descubrió que Talleda y la joven habían coincidido y se acabó estableciendo que el crimen se había perpetrado en el piso de Talleda en Girona, y que había tenido su cuerpo durante unos días en el congelador.

En 2001 se encontró, también en el arcén de una carretera por la que circulaba Talleda, el cadáver de otra chi-

ca. Seis años después, el ADN confirmó que se trataba de María Teresa Rubio, una vecina de Girona casada con Mustapha Kemal Dogan, compañero de celda de Talleda. Se la había visto por última vez con vida junto al tornero de Sant Hilari. No llegaron a imputarle jamás aquella muerte y tampoco la de Llúcia. De haberlo hecho, a Talleda se le otorgaría, sin ninguna duda, la acreditación de asesino en serie, título que se concede a los criminales de los que se ha certificado que han perpetrado un mínimo de tres homicidios en intervalos de tiempo separados y siguiendo un patrón en cuanto al método y la elección de las víctimas.

Los especialistas en criminología y los forenses se inclinan por creer que lo era. Se trataría de un asesino en serie surgido del macizo de Les Guilleries, con aire de payés pero con mucha sangre fría, que nunca confesó ningún crimen ni se inmutó ante la policía o los tribunales. Al contrario: buscaba los errores de la investigación para reprochárselo y dejarles en ridículo. Como cuando en 1988 se hizo una especie de reconstrucción del crimen de Montse Ávila, de noche, y con el viejo Citroën —que en aquellos momentos ya no era suyo— con el que llevaba a las niñas al pantano, para comprobar si algún vecino podría haber oído el ruido de la persiana del garaje.

—Yo cuando bajo la persiana no doy esos trompazos; así claro que se oye —les comentaba en un rincón Talleda con ironía y una sonrisa pillada en los labios a la periodista Tura Soler y a un policía local que seguían la evolución de la diligencia judicial junto al principal sospechoso.

O cuando demostraron que el cadáver de Vjollca Papa había estado unos días en el congelador, lo que explicaba que, cuando lo encontraron en el río, su estado de descomposición no encajara con el que le correspondería según el día de su desaparición y, por lo tanto, de su muerte.

—¿A quién le entra eso en la cabeza? ¿En el congelador? ¿Cómo queréis que la metiera en el congelador? ¡No me habrían cabido los guisantes! —replicó Talleda.

Siempre tenía salidas de lo más ocurrentes ante cualquier situación que lo comprometiera. Los que lo interrogaron pudieron comprobarlo: «¿Que si me gustan las mujeres jóvenes? Me da igual. Pero siempre vale más una joven que una vieja», «¿Me pregunta si yo soy introvertido? No sé qué quiere decir con eso. ¿Qué quiere decir introvertido?», «Claro que tiendo a salirme por la tangente cuando hago algo mal...».

Talleda, el asesino en serie de Les Guillerries, murió en la cárcel el 22 de noviembre de 2012, a los setenta y un años.

NAUFRAGIO MORTAL

Josep, Marçal y Antoni
26 de septiembre de 1993

Los tres cazadores, Josep Cassà, Marçal Rocasalva y Antoni de Planell, suben con sus tres perros a la barca de fibra de vidrio con la que cruzarán el pantano para reunirse con el resto del grupo al otro lado, en Querós. Es el punto en el que sobresalen del agua las ruinas de la ermita donde, en los primeros años del siglo XVII, Joan Sala se casó con la heredera de casa Serrallonga, se convirtió en Joan de Serrallonga y, después, en bandolero de leyenda. Los hombres de la barca se dirigen a una batida de jabalíes. Saben que la navegación en el pantano está prohibida, pero cruzan a menudo las aguas en barca para ir más rápido y ahorrarse los muchos kilómetros de pista forestal que atravesarían con un todoterreno para ir de una orilla a la otra.

¡Vaya, no se pone en marcha! Cada vez que tiran del cable, el motor resuella un poco y la barca da una pequeña sacudida. Ya se han alejado de la orilla, pero el motor no se enciende.

Puede que no entre suficiente gasolina. ¡A ver...!

Desenroscan la tapa del depósito y vuelven a probarlo. Esta vez sí. El motor se enciende de golpe y la barca se levanta por delante. La parte posterior se hunde de tal forma que entra agua en el compartimento estanco; no tarda en empezar a hundirse. Los perros, atados a sus respectivos amos, son un estorbo ahora. Están nerviosos y hacen que la barca se desequilibre. Está claro que no hay remedio. Van a volcar. Acaban en el agua.

Josep, que es de Brunyola y hoy, excepcionalmente, se ha unido al grupo de cazadores, no sabe nadar. Se había apuntado a cruzar en barca porque llegaba tarde al punto de encuentro. Se agarra un rato a la barca volcada hasta que esta se hunde. Marçal y Antoni no pueden ayudarlo. Saben nadar, pero bastante tienen con mantener ellos mismos la cabeza fuera del agua. Las cananas con la munición, los chalecos y las botas les pesan una barbaridad. Se deshacen de todo como pueden y empiezan a nadar hacia la orilla.

Observan impotentes como Josep no consigue sostenerse sobre el agua. Y se despide. Sabe que no saldrá de esta. Se hunde.

Un grupo de cazadores que está al otro lado y ha visto el naufragio hinch a toda prisa una barca neumática y se adentra en el agua para ayudar a los náufragos. A través de los *walkie talkies* que llevan para comunicarse entre las distintas paradas, avisan a la Agrupació de Defensa Forestal Guillerries-Montseny, que hace llegar el grito de auxilio a los bomberos. Entretanto, los de la barca hinchable consi-

guen sacar del pantano a Marçal y a Antoni. Josep ha desaparecido bajo las aguas de Susqueda.

Cuando llegan los bomberos, evalúan la situación. Es difícil, la zona en la que el cazador y la barca se han hundido mide al menos 25 metros. Y el fondo del pantano está oscuro y lleno de lodo. Durante todo el fin de semana, 17 buzos, entre bomberos y guardias civiles, se van sumergiendo para intentar encontrar el cuerpo. Lo localizan el lunes, a una profundidad de 20 metros. El domingo, mientras aún buscan al hombre ahogado en el agua, una pareja que recorrer en coche la pista que va del pantano de Susqueda al de Sau sufre un accidente. El vehículo vuelca; sus ocupantes no se hacen daño, pero se pierden en el bosque durante ocho horas, hasta que ven a una figura al otro lado del agua, le hacen señas y esa persona alerta a la Guardia Civil y a los bomberos, que los rescatan.

Ellos han tenido suerte. Han sobrevivido al pantano.

UNA MUERTA EN LA MALETA

Miquel

1 de septiembre de 2001

Ya ha dejado atrás el edificio de Can Salero, que en otros tiempos había albergado un mítico prostíbulo, junto a la carretera de Anglès. La noche es oscura; la luna apenas emite luz. Es una suerte. Los latidos del corazón le resueñan en los oídos. Un relámpago de luz. Baja un coche. Se cruzan. No tiene tiempo de ver ni el modelo ni la matrícula. Deben de ser pescadores furtivos que van al pantano. Confía en que ellos tampoco habrán retenido los datos de su vehículo. El corazón se le acelera aún más.

Miquel continúa. Tampoco quiere correr. Tiene miedo de coger mal una curva y de caerse al río. Ha de llegar a la presa. Lo consigue. Acerca el coche tanto como puede a la entrada del paso que atraviesa, de un lado a otro, la imponente pared de más de 130 metros. Sale del vehículo. Mira a un lado y a otro. No parece que haya nadie. Abre el maletero y saca una maleta grande. Pesa mucho. La arrastra por el camino de hormigón. Se detiene. Descansa. Unos metros más. Casi 150. Vuelve a detenerse. Con un gran esfuerzo, consigue subir la maleta a la barandilla de hormigón y lanzarla al agua. El nivel es bastante bajo y, cuando impacta con la superficie, se oye un sonoro chof que rompe el silencio del espacio fantasmagórico. La presa no tiene vigilantes, ni cámaras que puedan enfocar lo que se encuentra...

¡Ya está hecho!

Regresa de prisa, volviendo la vista atrás, hacia el coche. Se le ha disparado el corazón. Entra en el vehículo. Lo pone en marcha y emprende el camino de vuelta a Palafolls. Debe seguir con el plan. Primero coge las maletas de Paquita, con toda la ropa que tenía en su piso de Palafolls, y mete los bultos y el gato de la mujer en su coche. Deja al gato en Blanes y la ropa en el piso de ella, en Pineda. Aparca el coche también cerca de la casa de la mujer. Que todo parezca normal. De Pineda a Palafolls vuelve pedaleando en bicicleta. Siempre ha hecho mucho deporte y está en forma.

Luego, Miquel se va a la casa que su familia tiene en Tordera, donde él ha vivido muchos años, y se pone a escribir cartas, aunque sabe que al menos una, la destinada a Paquita, ella no la leerá nunca. Ya hace varios días que fue a La Caixa y anunció que retiraría todo su dinero. Tiene unos treinta millones de pesetas. El fin de semana lo dedica

a escribir su testamento hológrafo y nombra albacea a Gloria, una buena amiga, antigua compañera de trabajo en Fibracolor. Deja dicho que veinte millones de pesetas vayan destinados a una ONG que opera en Perú y en la que trabaja la cuñada de una amiga de Gloria. Ya hace varios días que le dijo a la amiga que tenía intención de hacerlo. Que-daron que en octubre, cuando viniera la cuñada, lo arregla-rían. Además, y aunque de entrada no quería hacerlo, acaba dejándole una cantidad de dinero, mucho más pequeña que la de la ONG, a su hija. Y reparte el resto del capital entre sus hermanas y un amigo. El lunes va a La Caixa y retira todo el dinero, repartido en cheques nominales.

Y ejecuta el último acto de su plan. Llama a sus herma-nas y las cita en la casa de Tordera.

—¡Veníos, que tenemos que hablar!

Miquel se toma un cóctel (barbitúricos, herbicida y whisky) para asegurarse de que cuando ellas lleguen ya solo encuentren los cheques que ha preparado para cada una, el testamento y sus últimas voluntades: que lo incineren y que lancen sus cenizas desde el castillo de Palafolls, la mitad en dirección a Tordera y la otra mitad en dirección a Pala-folls.

Pero algo sale mal. Las hermanas responden muy rápi-do a su llamada.

Entubado, tumbado en una cama, Miquel se despierta bajo unas luces blancas delante de unos hombres que le preguntan por Paquita Martínez. Está en el hospital pero los hombres no son médicos. Son guardias civiles que ya están avisados de la desaparición de Paquita. La familia de la mujer ha repartido carteles por toda la comarca del Ma-resme. Y Miquel les explica lo ocurrido: la ha matado y la ha lanzado, metida dentro de una maleta, al pantano de Susqueda.

—¿O quizá era el de Sau? —dice con una pizca de malicia.

Con esos datos buscar a Paquita es como buscar una aguja en un pajar. La Guardia Civil pide que Miquel vaya con ellos al pantano y les enseñe in situ el lugar desde el que ha lanzado a la mujer, pero el juzgado no lo permite porque está demasiado débil. Aunque a pie de cama del hospital consiguen arrancarle más detalles del crimen. Les explica que la noche del 31 de agosto Paquita y él cenaron juntos en el piso de Palafolls.

—Pero se ve que no estaba el horno para bollos.

Que es una forma de decir que Paquita se había hecho la esquivo a la hora de irse a la cama con él y tener relaciones sexuales. Ella se quedó en el sofá. Entonces él cogió una almohada, la impregnó de disolvente —para que no sufriera mucho— y, mientras estaba desprevenida en el sofá, le aplastó la almohada en la cara hasta que ella dejó de respirar. Cuando tuvo la seguridad de que estaba muerta, dobló el cuerpo y lo metió dentro de una maleta vieja que tenía en casa. La cargó en el coche y se dirigió a Susqueda.

Y les detalla con bastante exactitud el punto desde el que la lanzó, lo que permite situar el cadáver de Paquita Martínez en un lugar del pantano pegado a la pared.

Y empieza la odisea para encontrar un cuerpo a 85 metros de profundidad en las fangosas aguas del embalse. Entran en escena los bomberos y quien tiene más experiencia en este tipo de búsquedas: el Grupo Especial de Actividades Subacuáticas (GEAS) de la Guardia Civil, al frente del cual se encuentra Fernando Aguirre. No será fácil. Necesitan un robot de visión subacuática y no pueden disponer ni del de la Guardia Civil ni del del Ejército, porque están ocupados en otros menesteres. Tienen que alquilarle uno a una empresa privada, y cuesta más de dos millones de pe-

setas. Los pagará el Ayuntamiento de Pineda, porque ni la Generalitat ni el Estado están dispuestos a hacerse cargo del coste.

Finalmente, el 26 de septiembre de 2001, el GEAS consigue encontrar el cuerpo. El acto oficial de levantamiento del cadáver pone en marcha un procedimiento judicial que acabará archivado a los pocos días, porque el autor confeso, Miquel Moreno, pese a los controles y la custodia permanente, se suicidará en la celda de la cárcel Modelo a la que ha ido a parar tras el alta hospitalaria que le dieron al recuperarse de su primer intento de suicidio. Se pondrá una bolsa de plástico en la cabeza y se atará las manos. Conseguirá su objetivo: morirá asfixiado. No llegará a aclararse cómo lo hizo. Igual que nunca se aclarará si Paquita Martínez murió en el piso de Palafolls cuando él le aplastó la almohada en la cara o si cuando la tiró al pantano estaba solo inconsciente.

CELOS ENCENDIDOS

Manuel

Domingo, 31 de marzo de 2002

El hombre está sentado encima de la barandilla de la presa de Susqueda. Le cuelgan los pies hacia el lado seco. Se pone en pie y amenaza una vez más con lanzarse. Son 137 metros de caída libre: una muerte segura.

—¡No os acerquéis, que me tiro! ¡No tengo otra salida!

Los bomberos y los Mossos, escudados en la oscuridad de la noche, hace ya rato que intentan persuadir a Manuel de que no se lance. Guardan una prudente distancia con la figura que se balancea peligrosamente sobre la pared sin protección.

—Sònia está bien, saldrá de esta. Todo se arreglará, no empeores las cosas —le dice una voz que habla con autoridad.

Un psicólogo se ha sumado al grupo de Mossos de la comisaría de Santa Coloma de Farners y a los bomberos. Transcurren dos horas de nervios e incerteza, pero finalmente Manuel se sienta en la barandilla, desplaza las piernas hacia la parte firme y pone los pies en el hormigón. Sin estridencias, dos *mossos* lo esposan con las manos detrás de la espalda.

—Manuel Coelho, queda detenido por el intento de asesinato de Sònia Serra.

Lo escoltan por encima de la peligrosa pasarela y hasta la explanada, le ponen una mano en la nuca para que agache la cabeza y lo introducen en el coche policial. En él lo trasladan a los calabozos de Santa Coloma de Farners, donde dan comienzo las diligencias por el horrible crimen que Manuel ha perpetrado horas antes delante del bar Can Collell —o Can L lens, como se lo conoce popularmente— de Les Planes d’Hostoles, a 25 kilómetros del pantano.

Coelho, de treinta y cinco años, portugués y vecino de Las Planes, le ha vaciado en el regazo a Sònia, una joven de diecisiete años, una garrafa de gasolina y le ha prendido fuego con un encendedor. La chica, con la que mantenía una relación que ella quería dejar, salía del bar con un amigo que la acompañaba a casa porque Sònia tenía miedo de Manuel. En el pueblo le habían escuchado decir eso tan feo de que «si Sònia no era para él no sería para nadie». El día anterior fue a comprar una lata de gasolina a la gasolinera. Luego dirá que no sabe por qué lo hizo.

Un conductor de autocar de la empresa Teisa que acababa de hacer una parada delante de Can Collell ha visto a una chica en llamas cruzar la calle. Ante la espeluznante

escena, ha reaccionado con rapidez, ha cogido el extintor y ha apagado el fuego. Entretanto, Coelho ha huido en su coche hacia Susqueda. Desde allí ha llamado a un familiar para avisarlo de dónde estaba y de sus intenciones suicidas. Ha enviado también un mensaje al teléfono a su expareja: «Adiós, Sònia».

Sònia ha sufrido quemaduras muy graves y la trasladan al Hospital de la Vall d'Hebron de Barcelona, donde deberá someterse a muchas operaciones y recibirá numerosas transfusiones de sangre. Los vecinos de Les Planes organizan una caravana solidaria para ir al hospital a donar sangre para Sònia y para el resto de enfermos que puedan necesitarla. Sònia sobrevive, y Coelho tiene muchos problemas para encontrar un abogado que lo defienda. Hasta cinco letrados asignados de oficio renuncian, con excusas diversas, a ejercer la defensa de un hombre que le ha prendido fuego a una chica de diecisiete años.

Coelho llega al juicio acusado del intento de asesinato de Sònia pero también de agresión sexual y de detención ilegal por unos hechos ocurridos el día anterior al ataque con gasolina, también junto al pantano de Susqueda, y que ella explica tras el intento de asesinato. Sònia y Manuel estaban dentro del coche, discutiendo sobre el fin de su relación, cuando él, en contra de la voluntad de la chica, condujo hasta Susqueda y, una vez en la zona de la presa, detuvo el coche, la ató y la obligó a prestarle favores sexuales. Por todo ello, las acusaciones piden para él veintiocho años de cárcel. La Audiencia de Girona condena finalmente a Manuel Fernando Coelho Alves a catorce años.